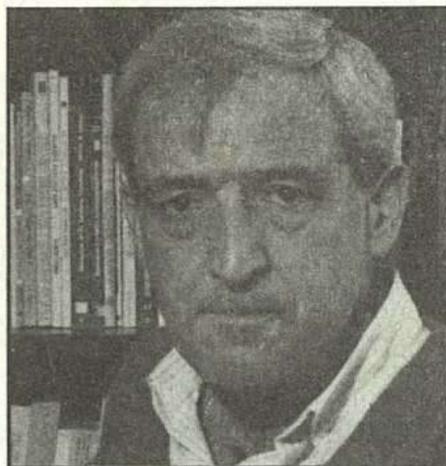


El hombre invisible

por Anjel Lertxundi



H. G. Wells.



Anjel Lertxundi.

El hombre invisible

Lo escuché hace poco por la radio. Alguien a quien no pude reconocer por su voz se lamentaba de que la literatura actual se interesara tan poco por la ciencia. Argumentaba más o menos: «La ciencia moderna nos interpela constantemente sobre los límites, fundamentalmente morales, pero los escritores no se interesan ni especulan sobre algo tan apasionante como la postración que el progreso científico depara al individuo. El desdén por un determinado género literario no tiene por qué obli-

gar a un menosprecio de las posibilidades que la ciencia ofrece al escritor».

Cabe suponer que quien así hablaba, tanto da si escritor o científico, tiene, además de una competente perspectiva literario-científica, suficientes conocimientos sobre el pensamiento utópico contemporáneo. En ese caso es razonable conjeturar que algo sabrá sobre aquellos encendidos utopistas del siglo XIX que reclamaban urgentes remedios a las desigualdades sociales, convencidos de que el hom-

bre, a través de la historia, va subiendo peldaños en la escala de su perfectibilidad y de que la ciencia es báculo imprescindible en dicha ascensión.

Una tímida objeción referida al abuso que de la ciencia se hiciera no deslegitimaba ésta, sino más bien la encumbraba. El uso maligno —egoísta— al que Griffin, joven estudiante de física, destina sus conocimientos científicos en orden a instaurar el Reinado del Terror, provoca en el doctor Kemp la exclamación que resume el espíritu altruista de H. G. Wells:

«—Está loco. No es un ser humano. Es la imagen del egoísmo. No piensa más que en su propia seguridad...»

La ciencia, concebida como una perfecta máquina para la solidaridad, era la gran aliada para todo el que soñara en un mundo mejor, H. G. Wells (1866-1946), al igual que Collins o Verne, participó también de este optimismo en obras como *La máquina del tiempo* o *El hombre invisible* que ahora nos ocupa, pero pronto se quebraría su fe en el futuro para dar paso a un pesimismo cada vez más ácido y corrosivo que tendrá su más agria expresión en *La mente al borde del abismo*, ensayo provocado por la bomba de Hiroshima. Wells, padre y patriarca del nuevo género bautizado sin gran fortuna como ciencia-ficción, sobrevivió un año más a la tragedia, provocada precisamente por la ciencia a la que Wells quiso siempre alertar de las catástrofes que devienen indefectiblemente del egoísmo.

Mis recuerdos, sin embargo, difícilmente pueden hoy hablarme del racio-

nalismo moralizante que a mis doce años era incapaz de desbrozar del texto. Ahora, treinta años más tarde, me asombro de haber sobrellevado las prolijas explicaciones técnicas —increíblemente ingenuas por lo que se me alcanza— sobre el modo en que Griffin logra la invisibilidad. Esta confesión a Kemp, narrativamente hablando, es además un texto postizo, obligado H. G. Wells a justificar científicamente la invisibilidad. He de entender que el descubrimiento de diversos rayos —Röntgen, fundamentalmente— que tuvo lugar en las postrimerías del siglo XIX contribuyó a dar suficientes dosis de verosimilitud literaria a la posibilidad de «rebasar el índice de refracción de una sustancia sólida, o líquida, hasta lograr

alcanzar el del aire en lo que a fines prácticos se refiere». Sea como fuere, lo que ahora trabajosamente se me alcanza lo sobrellevé entonces con impasibilidad, puesto que no me había habituado aún a la arrogancia de saltar un texto amazotado y así captar los entresijos de una historia leyendo sólo los diálogos. Lo más que me permitía entonces era caer en la tentación de leer los párrafos finales y de paso comprobar si mis conjeturas sobre el futuro de un determinado personaje eran ciertas. Fiel al texto con fervor religioso, retomaba la lectura en el capítulo abandonado aun a sabiendas de que Griffin iba a morir apaleado por la multitud conducida por Kemp.

La cualidad literaria de Wells más susceptible de lograr el aprecio de un lector joven bien pudiera ser el dosificado pedagogismo adobado de un profundo sentido del humor, tan inglés como el té de las cinco al que los habitantes de Bramblehurts nunca renunciarían aunque el mismísimo Grif-



R. FERRER, LA NOVELA DE AVENTURAS, LEGASA, MADRID, 1981.

fin fuera el solícito e invisible mayordomo el que se les presentara portando la bandeja voladora con el utilaje imprescindible.

Sin embargo, me resisto a creer que fueran esas las causas que me estimularon en la lectura ni los ingredientes que esperaba hallar en la película de Whale basada en la misma novela y que pude ver poco después, enardeciendo así, por segunda vez, ni imaginación.

He de atenerme a la única explicación medianamente plausible: el señuelo de la invisibilidad, extraordinario antídoto contra la timidez así como eficaz modo de ejercer una filantrópica misión. El anhelo de todo muchacho tímido por volverse invisible cuando las circunstancias le son adversas puede alternarse, cuando se goza del don de la invisibilidad, con la noble aspiración de hacer el bien de forma anónima y desinteresada.

Pero recuerdo que también soñaba con una invisibilidad que me permitiera vengarme anónimamente del

compañero que se negó a que le copiara en el examen de trigonometría o del que se había burlado de mis andares patizambos provocados por unas plantillas metálicas destinadas a corregir mis pies planos.

Releo lo escrito hasta ahora y compruebo que todas las digresiones iniciales no hacen más que ocultar lo que mis infantiles deseos de invisibilidad manifiestan con total desnudez: a mis doce años entendí con más nitidez y menos atolondramiento que hoy la parábola que Wells me planteaba sobre el uso maligno de la ciencia al imaginarme mi propia invisibilidad también como medio para el desquite y la satisfacción del propio interés.

No me resta más que reconocer la arrogancia de unos conocimientos posteriores que nos conducen con excesiva frecuencia a unas glosas que nada tienen que ver con el núcleo del texto ni superan la ingenua pero certera interpretación que un niño es capaz de lograr en sus lecturas. ■